

San Agustín de Hipona

DOS MANERAS DE CONFESIÓN

(Sermón 67)

Sobre las palabras del evangelio de San Mateo (10, 25) : *Confiésote, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber celado estas cosas a los discretos, etc.*

1. CONFESIÓN DE PECADOS Y DE ALABANZA.

Cuando se nos leía el santo evangelio hemos oído que se alborozó el Señor Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: *Confiésote, Padre Señor del cielo y de la tierra, por haber celado estas cosas a los sabios y discretos del mundo y descubrírseles a los pequeñuelos*. Si lo hasta aquí dicho por el Señor lo ponderamos ahora con respeto y diligencia, con devoción sobre todo, hallaremos en primer lugar cómo la palabra *confesión* que leemos en la Escritura no siempre ha de entenderse la voz del pecador, o *confesión de los pecados*, obliganos, principalmente a recordarnos esta verdad y hacer a vuestra caridad este advertimiento el ver que, al sonar en boca del lector esta expresión y oír vosotros al Señor decir: Yo *te confieso, Padre*, se percibió también el sonido de vuestros golpes de pecho. Y os los habéis golpeado en el término *confiésote*. Ahora bien, ¿qué significa golpearse los pechos sino acusar lo metido en el pecho y castigar con ese golpe visible los invisibles pecados? ¿Por qué lo hicisteis sino por haber oído: *Confiésote, oh Padre?* Mas, al oír: Yo *te confieso*, no parasteis mientes en quién es el que confiesa. Atended, pues, ahora. Si Cristo, de quien todo pecado está lejos, dice: Yo *te confieso*, hay no sólo confesión de pecados, sino también alguna vez de alabanza. Confesamos, por el consiguiente, a Dios cuando loamos a Dios y cuando nos acusamos a nosotros. Y ambos modos de confesión son buenos, ya te acuses a ti mismo, que no estás sin pecado; ya lo es a quien no puede tener pecado.

2. LA CONFESIÓN DEL PECADOR ES TAMBIÉN ALABANZA DE DIOS.

Y, si bien lo pensamos, el acusarte a ti redundará en alabanza de El. Porque ¿adónde mira esa confesión acusatoria de tus pecados? ¿Qué significa esa confesión acusatoria en ti sino que te hallabas muerto y has revivido? La Escritura, en efecto, dice: *El muerto, como el que no existe, ya no confiesa*. Luego, si el muerto ya no confiesa, el que confiesa vive; y si confiesa el pecado, cierto estaba muerto y resucitó. Y si el pecador de su pecado volvió de muerte a vida, ¿quién le trajo a la vida? Porque ningún muerto se resucita a sí mismo; sólo pudo resucitarse a sí mismo quien, muerta la carne, no estaba, sin embargo, muerto él, pues lo traído de muerte a vida no fué sino lo que había muerto. Se resucitó, en fin, a sí mismo quien, siendo la vida por esencia, estaba muerto en el cuerpo, que había de resucitar. El Señor, en efecto, se resucitó también El a sí mismo, o digamos a su cuerpo, según lo

que había dicho: *Destruid este templo y en tres días le alzaré de nuevo*. No fué, por ende, sólo a resucitar al Hijo su Padre, de quien habla dicho el Apóstol: *Por lo cual le resucitó Dios*. Semejante a Lázaro en el sepulcro, el pecador está muerto, y más todavía quien yace bajo la losa de la costumbre. Lázaro, a la verdad, no sólo estaba muerto, estaba ya sepultado. Y quienquiera se halle oprimido por la mole de una costumbre mala, de un vivir culpable, por la losa, digamos, de las concupiscencias humanas, hasta el punto de realizar en su persona lo de cierto salmo: *Dijo el necio en su corazón: "No hay Dios"* (desgracia suma); este tal parécese al otro de quien se dijo: *El muerto, como quien no existe, no confiesa*. ¿Quién le hará surgir de la tumba si no le alza quien, apartada la losa, gritó diciendo: *Lázaro, sal fuera?* Y ¿qué significa *sal fueras* sino sacar fuera lo oculto? Quien confiesa, saca fuera, y mal podría sacar fuera si no viviese, y vivir sin antes haber resucitado. Luego en la confesión acusatoria de sí va implícita la glorificación de Dios.

3. QUÉ PROVECHO SE LES HACE A LOS PECADORES CON ABSOLVERLOS.

Alguien ahora dirá: Pues ¿qué falta nos hace la Iglesia, si a la voz del Señor sale fuera, resucitado, el confesor? ¿Qué provecho le trae al penitente la Iglesia, a la que dijo el Señor: *Lo que desatareis en la tierra, desatado será también en el cielo?* Repara en que Lázaro salió fuera ligado. Ya vivía el pecador por efecto de su confesión, mas aun no podía moverse libremente, atado como estaba. ¿Qué hace, por tanto, la Iglesia, a quien se le dijo ya: *Lo que desatareis será desatado*, sino lo que, acto seguido, les dijo el Señor a los discípulos: *Desatadle y dejadle ir?*

4. CÓMO ENTRA EL DIABLO EN EL HOMBRE.

Luego, tanto si nos acusamos a nosotros mismos como si alabamos a Dios, Dios es alabado doblemente. Si nos acusamos piadosamente, glorificamos a Dios, no hay que dudarlo. Glorificamos a Dios en proclamarle exento de pecado, y cuando a nosotros mismos nos acusamos, damos gloria a aquel por quien hemos resucitado. Y haciendo esto, ya el enemigo no tendrá modo alguno de asediarte a presencia del Juez. Porque si para ti mismo eres tú pecador, y el Señor, *por ello*, se hace tu liberador, no le resta al diablo sino el papel de calumniador. Bien hizo, pues, el salmista en buscar ahí, *en la confesión de alabanza*, su refugio contra los enemigos, no contra los visibles, la carne y la sangre, más dignos de compasión que temibles, sino contra los enemigos aquellos para resistir a los cuales nos aconseja el Apóstol armarnos: *No es nuestra lucha contra la carne y la sangre*, o digamos contra nuestros perseguidores visibles. Son éstos unos vasos que otro usa, instrumentos que otro maneja. *Introdújose el diablo en el corazón de Judas para que entregase al Señor*, dice el Evangelio. Alguien dirá: *Si el diablo entra en mí, ¿dónde está mi culpa?* Oye al Apóstol: *No deis lugar al diablo*. Con tu mala voluntad le hiciste lugar, y entró, se adueñó y te maneja. No te poseería si no le dieras lugar.

5. NUESTROS ENEMIGOS INVISIBLES

Adviértenos, pues, *el Apóstol* que *nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades*. Alguien podría imaginar que se refiere a los principados de la tierra y a las potestades del siglo. ¿Por qué no? Porque son carne y sangre. Y ya lo dijo de una vez: *No contra la carne y la sangre*. Luego si quitas los ojos de toda suerte de hombres, ¿quiénes son los enemigos restantes? Los *principados y potestades de la maldad espiritual, gobernadores del mundo*. Parece hacer mucho favor al diablo y a sus ángeles; parece demasiado llamarlos gobernadores del mundo, y para que no lo echas a mala parte, aclara quién sea el mundo cuya rectoría tienen. *Gobernadores del mundo, de estas tinieblas*. ¿Qué significa *del mundo, de estas tinieblas*? Sus amadores y los incrédulos, de los que rebosa el mundo y cuya dirección lleva el diablo. A éstos llama *tinieblas* el Apóstol, y *rectores suyos* al diablo y a sus ángeles. No son tinieblas por naturaleza incapaces de mudanza; cambian y se hacen luz, creen y creyendo son iluminadas. Y cuando esto se haya verificado en ellas, oirán decirles: *Fuisteis tinieblas en otro tiempo, mas ahora sois luz en el Señor*. Cuando eras tinieblas, éraslo en ti, no en el Señor ; mas cuando fuiste luz, en el Señor lo fuiste, no en ti. Pues ¿qué tienes no recibido? Siendo, pues, ellos enemigos invisibles, con armas invisibles se los ha de impugnar. Al enemigo visible le derrotas hiriendo, al invisible se le vence creyendo. Es el hombre enemigo visible, y el herir es también cosa visible; el diablo es enemigo invisible, e invisible también la fe. Trátase, por tanto, de una pelea invisible contra invisibles enemigos.

6. REFUGIO CONTRA LOS ENEMIGOS.

Alguien dijo estar él muy a salvo de tales enemigos, ¿cómo? Había yo empezado a decir el cómo, pero tuve necesidad de hablar de estos enemigos con algún espacio. Conocidos ya, veamos qué refugio hay contra ellos. *Invocaré al Señor alabándole, y seré salvo de mis enemigos*. Ahí ves qué has de hacer: invocar alabando, pero invocar alabando al Señor. Porque, si te alabas a ti mismo, no te verás a salvo de tus enemigos. Invoca al Señor alabándole, y te. verás libre de tus enemigos. ¿No es eso mismo lo que dice el Señor? *Sacrificio de alabanza me honrará, y ahí está el camino por donde le mostraré mi Salud*. ¿Dónde está el camino? En el sacrificio de alabanza. No saques los pies del camino este; vete por él, no te desvíes de él; del camino de alabanza, no digo un pie, mas ni lo negro de la uña. Si quisieres andar fuera de este camino y alabarte a ti en vez de alabar a Dios, no te librarás de tus enemigos, porque de ellos se ha dicho: *A la vera de la senda me pusieron tropiezos*. Si, pues, entiendes poseer de tu caudal cosa buena, te pones fuera de la alabanza de Dios. ¿Es maravilla te seduzca el enemigo, si a ti mismo te seduces tú? Oye al Apóstol: *Si alguien piensa ser algo, siendo como es un nada, a sí mismo se engaña*.

7. RELUCENCIA DE LA GRACIA EN CRISTO, PRINCIPALMENTE, Y EN EL LADRÓN.

Oye, pues, la confesión del Señor: *Confíesote, Padre, Señor del cielo y de la tierra. Te confíe8o*, es decir, *te alabo*. Te alabo a ti, no me acuso a mí.

Porque la suscepcción del hombre por el Verbo es la gracia integral, gracia singular y única, gracia acabada, si prescindes de la gracia, y de una gracia tal cual convenía a la unidad personal de Cristo, y de un Cristo como el que nosotros conocemos, ¿qué mereció aquel hombre, Cristo? Prescinde de la gracia esta, ¿qué es Cristo sino un hombre? ¿Qué sino lo mismo que tú? Tomó un alma y tomó un cuerpo, tomó al hombre todo, se le adapta, y el Señor hace con el esclavo una persona única. ¿Qué grandeza no es la de esta gracia? Cristo en el cielo, Cristo en la tierra; Cristo al mismo tiempo en el cielo y en la tierra, mas no dos Cristos, sino, el mismo Cristo en la tierra y en el cielo. Cristo junto al Padre, Cristo en el seno de la Virgen, Cristo en la cruz, Cristo en los infiernos, adonde va en socorro de algunos; y el mismo día, Cristo en el paraíso con el ladrón confesor. Y allí, *en la cruz*, ¿qué mereció este ladrón sino entrar en el camino donde Dios le mostró su Salud? (No salga tu pie de él.) Por lo mismo que se acusé, alabó a Dios e hizo bienaventurada su vida. Puso toda su confianza en el Señor y le dijo: *Señor, haz memoria de mí cuando llegares a tu reino*. Recordando sus atroces crímenes, juzgó excesivo pedir se le perdonara ni aun al fin de la vida. *Acuérdate de mí*; pero ¿cuándo? *Cuando llegares a tu reino*. Inmediatamente le dijo el Señor: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso*. La misericordia le ofrecía lo que el pobre aquel difería.

8. A LOS SOBERBIOS SE LES NIEGA LA FE.

Oye, pues, la confesión del Señor: *Confíesote, Padre, Señor del cielo y de la tierra*. ¿Qué te confieso? ¿Por qué te alabo? Esta confesión, he dicho, es confesión de alabanza. *Porque celaste a los sabios y discretos estas cosas y se las descubriste a los pequeñuelos*. Hermanos, ¿qué significa esto? Por la antítesis lo comprenderéis. *Celaste*, dice, *estas cosas a los sabios y discretos y se las revelaste*, no dice a los necios e indiscretos, sino: *Celaste estas cosas a los sabios y discretos, pero se las descubriste a los pequeñuelos*. Donde a los ridículos sabios y discretos y a los arrogantes de grandeza ficticia (su arrogancia es hinchazón) contraponen los pequeñuelos, y no los necios e indiscretos. ¿Quiénes son los pequeñuelos? Los humildes. *Celaste*, pues, *estas cosas a los sabios y discretos*. Que bajo el nombre de sabios y discretos han de ser entendidos los soberbios, El mismo lo pone de manifiesto al decir: *Se las descubriste a los pequeñuelos*. Luego se las escondiste *a los no pequeñuelos*. ¿Qué significa *a los no pequeñuelos*? A los no humildes. Y decir a los no humildes, ¿no es decir a los soberbios? Este camino del Señor, o bien no existía o estaba oculto, y nos fué revelado a nosotros. ¿De qué se regocijó el Señor? De haberles sido revelado a los pequeñuelos. Hemos, pues, de ser pequeñuelos; que, si diéremos en ser grandes a la manera de los sabios y discretos, no se nos descubrirá. ¿Quiénes son los grandes? Los sabios y discretos que, *dándose a sí mismos nombre de sabios, hiciéronse necios*. El remedio está en hacer lo contrario; porque si, diciéndote sabio, paraste en necio, diciéndote necio darás en sabio. Dilo, pues, dilo; dilo de corazón, porque no dices sino la verdad. Dilo, y si lo dices ante los hombres, no lo calles delante de Dios. Porque, verdaderamente, de ti, de tu caudal, eres una pura tiniebla. ¿Qué significa ser necio sino haber en tinieblas el corazón? De ellos, en fin, dice el Apóstol : diciéndose sabios, dieron en necios. Antes de lo cual había dicho: Y se les obscureció el necio corazón. Di,

pues, tú que no hay luz en ti. ¿De qué aprovecha un ojo abierto y sano si falta la luz?